

XVIII.

Una noche de estío, en que el calor tempestuoso agobiaba el cuerpo, convirtiendo el sueño en un estado próximo á la apoplejía, se levantó Allán en medio de la oscuridad, y trató de asegurarse de que Camila estaba durmiendo; pues muchas veces la había sorprendido llorando en silencio, cuando él la creía entregada al sueño; para asegurarse la llamó con precaución muchas veces, y ya convencido, se vistió apresuradamente, y salió del cuarto.

Miró maquinalmente á través de la vidriera, y vió el cielo de color de cobre, cubierto de nubes espesas, que de cuando en cuando surcaba un pálido relámpago, seguido de un trueno sordo y lejano. Los sauces del campo estaban inmóviles, y no se oía más ruido que el de la tempestad lejana. Era una noche terrible y llena de inquietudes para Allán; pues si se acercaba la tormenta, podía su estruendo despertar muy fácilmente á su mujer.

Para evitar esa contingencia, arregló las

almohadas, de modo que interceptaran todos los ruidos exteriores, y aunque corría el riesgo de sofocarla, y ya corría por su frente un sudor copioso, no vaciló, y prosiguió su arreglo, bajando las cortinas del lecho y de las ventanas, para impedir que el resplandor de los relámpagos llegara hasta ella.

Después salió, andando de puntillas. Muchas veces había cruzado las galerías, ocultándose como un criminal, y estremeciéndose al menor ruido; pero el estado actual de su alma no se parecía en nada al de aquellos tiempos pasados.... Llegó á la misma puerta, que tantas veces había abierto á aquella hora, y entró en la habitación de la Condesa.

Ésta estaba acostada en su lecho, con un chal anudado descuidadamente alrededor de la cabeza, que pendía fuera de las almohadas, á pesar de sus esfuerzos para levantarla.

—¿Cómo estás?—le dijo asustado, ayudándola á sostenerse.

—¿Cómo? (contestó.) Hace cuatro horas que sufro los dolores más atroces, y lo de menos es sufrir; pero temo por la vida de este niño, y es preciso que vayáis á buscar un médico.

—¡Un médico!—exclamó el joven con admiración indecible.

—Sí, un médico, amigo mío. Sufro tanto,

que me parece va á ser necesario ayudarme para conseguir mi alumbramiento. Con esto no habíamos contado, ni vos ni yo; pero debemos obrar como si estuviésemos dispuestos para ello. En el pueblo cercano hay un facultativo, á quien todos elogian, y es un hombre sencillo y amable. No tardéis en irle á buscar, y traédmele pronta y secretamente.

Allán se dispuso á obedecer, sin decir el pensamiento que le preocupaba; pero Iseult le adivinó con solo mirarle.

—¡Vamos! (dijo.) ¿Ya os ha abandonado toda vuestra filosofía? ¿Qué se ha hecho de todos aquellos discursos tan valientes que pronunciabais la otra tarde? ¿Á qué viene esa turbación? ¿Qué me importan los juicios de los hombres? ¿Creéis, amigo mío, que yo me cuido de la opinión de nadie en este mundo?

—En vos nada puede admirarme,—respondió Allán.

Y después de haberle besado la mano fría que le tendió, salió de la habitación con las mismas precauciones que había entrado.

Era una cosa imponente el alma de aquella mujer, tan atormentada por el dolor durante las largas horas de la noche, que no exhalaba una sola queja en su soledad.

Nadie tenía á su lado que pudiera darle los cuidados que su estado exigía. ¡Abandonada

de Dios y de los hombres! Y si una de las mujeres que estaban á su servicio hubiera entrado por casualidad creyendo que *la señora había llamado*, se hubiera envuelto mejor en la sábana, y obligando á sus facciones á mostrarse indiferentes, le hubiera dicho con tranquilidad: «No necesito nada, retiráos.»

De cuando en cuando respiraba un frasco de sales que tenía en la mesa de noche, para no perder del todo el conocimiento.

El trueno extendía cada vez más su voz sorda y poderosa, y los relámpagos, que se sucedían con extremada rapidez, cubrían la luz débil de la lamparilla, arrojando un resplandor fosfórico sobre aquella cabeza tan pálida, en que no se conocía la vida más que por las señales del sufrimiento.

Allán volvió al cabo de media hora con el médico, al que con sumo trabajo había guiado en medio de la oscuridad por las escaleras y galerías.

Aquel buen hombre se había admirado grandemente al ver al señor de Cyntry ir á buscarle en persona á semejante hora; pero guardando en medio de su timidez el sentimiento de las conveniencias, hábale seguido sin aventurar una pregunta.

La manera furtiva de introducirle en el castillo le demostraba que se había contado con

su discreción; pero su asombro no tuvo límites cuando se acercó al lecho de la condesa de Scudemor, y cuando el joven le dijo, sufriendo por ella solamente:

—Esta es la enferma, señor.

Iseult, al oír su voz, abrió pesadamente los ojos, cuya mirada era vaga, y volviéndolos hacia el médico, le dijo:

—Señor, he vuelto embarazada de Italia, y he debido ocultar mi estado á mi hija. Mi yerno, el señor de Cyntry, y vos, á quien he hecho llamar, son los únicos que conocen mi secreto.

Y su modo de decir tan sencillo era tan imponente al mismo tiempo, que ante su mirada el médico bajó los ojos. Había en Iseult un espíritu tan elevado, que en su presencia nadie se atrevía á mostrar el menor desprecio: con una palabra, con un gesto, con una mirada, se colocaba instantáneamente por encima de todas las murmuraciones.

Las previsiones de la señora de Scudemor no habían salido fallidas; el parto amenazaba ser peligroso en extremo, siendo preciso emplear el forceps.

Un estremecimiento nervioso se apoderó de Allán, que estaba apoyado en una de las columnas de la cama, y miraba á Iseult presa de las más violentas crispaciones, cuando vió

al médico con el instrumento en la mano, y creyó sentir la presión.

La Condesa, que conoció la causa de su movimiento, le dijo con su habitual sonrisa:

—Allán, volved al lado de vuestra mujer; temo que se despierte. Estando el señor, no me hacéis falta por ahora.

Pero el joven se resistió á abandonarla, y hasta quiso sostenerla durante la cruel operación, haciéndole con su pecho un cojín para que apoyase la cabeza, tan bella y tan amada en otro tiempo, desconocida entonces por la vejez y por las angustias que la desfiguraban. Él era el causante de los dolores que sufría, y cada dolor le valía un remordimiento.

La tempestad había llegado á su mayor grado de intensidad, y el trueno estallaba con un estrépito espantoso.... El cielo, entrevisto á través de la ventana, estaba completamente negro; el viento azotaba de una manera extraordinaria, y la lluvia caía á torrentes.

El tiempo corría con rapidez; las fuerzas de la Condesa se agotaban, y el niño no concluía de nacer; el médico, inclinado hasta tocar con su cabeza el seno de la señora, y tan pálido como ella, proseguía su trabajo con una especie de espanto al ver tanta resistencia, y atacaba cada vez con más energía el organismo rebelde....

—¿Y bien, señor?...—preguntaba de cuando en cuando Allán.

El médico no respondía ni levantaba la cabeza; solamente encogía los hombros, demostrando suma inquietud.

De repente se detuvo como herido por una idea súbita, sintiéndose abatido, y procurando hablar sin que su voz fuera notada por la enferma.

—Os comprendo (dijo Allán): si es preciso tomar un partido extremo, no vaciléis; matad al hijo y salvad á la madre.

Pero Iseult se había incorporado entre las ropas sangrientas, donde yacía pálida é inanimada, mostrando fuerzas para decir:

—Yo soy, caballero, quien debe morir.

Y su acción era impetuosa, brillando en su mirada un relámpago fugitivo de alegría.

Después volvió á caer sin aliento, repitiendo otra vez:

—Yo, yo soy la que debe morir.

—Esel grito de una madre,—dijo á Allán el médico, engañado por aquella admirable energía en medio del abatimiento general de todas las fuerzas de la mujer.

¡Pobre hombre, que no veía más lejos que el sentimiento maternal, en lo que era el grito de la desgracia! En cuanto á Allán, aquellas palabras resumían toda la vida, y no tuvo va-

lor para oponerse á su deseo, no creyéndose con derecho para quitarle la última esperanza de libertad. Tal vez pensara también en su hijo. De todos modos, contestó al médico, que interrogaba con la mirada:

—¡Obedecedla!

Y se tapó la cara con las dos manos, lleno de espanto.

El médico se recogió un instante; y después, como cada momento perdido exponía dos vidas en lugar de una, empezó á maniobrar. Su trabajo duró mucho tiempo, hasta que al fin el niño salió del cuerpo de la madre en una ola de sangre.

Ésta se había desvanecido por completo. Allán, cuyas sensaciones eran inexplicables, recibió, con un aspecto que se esforzaba en hacer aparecer sereno, aquel niño que era su hijo, y que no se atrevía á acariciar. En una gran jofaina, en que el médico echó agua tibia, sumergió al niño, le lavó y le envolvió en una manta de seda que Iseult había dejado en el respaldo de un sillón, espiondo si el médico se distraía, ocupado en la madre, para hacer la primer caricia á su hijo.

Sin embargo, la señora de Scudemor recobró poco á poco el conocimiento; y, apenas abrió los ojos, dijo al médico:

—¿Ha muerto el niño, puesto que yo vivo?...

—No, señora (respondió): el niño vive.

Y Allán, con los ojos llenos de lágrimas, le colocó en el lecho con su madre.

—Entonces (dijo la Condesa), vuestra habilidad ha sido mayor que vuestros temores.

Y al decir estas palabras, la expresión de su mirada estaba llena de tristeza.

—Señora (replicó el médico, que empezaba á ver la desesperación de una enorme desgracia donde había creído encontrar la ternura maternal); no me hagáis cargo alguno: he hecho lo mismo que me habíais dicho.

Iseult le dió las gracias con una sonrisa llena de encanto y de enternecimiento, como hacía tiempo no se veía en sus labios.

Cuando supo que estaba herida de muerte, y que ya no había esperanzas, respiró con más libertad.

Y el médico comprendió que no era la madre la que había querido morir.

Comenzaba el día á apuntar, y la tempestad se había calmado. Una luz rosada invadía el cielo por el lado opuesto al oriente, que mostraba la mitad de su globo en el horizonte, y algunas nubes arrastradas por un viento fresco iban disipándose en lontananza, del mismo modo que una vez calmados los dolores, quedan siempre algunos suspiros que exhalar.

En el campo las espigas, guardando algunas gotas de agua, brillaban á los primeros rayos del sol, y formaban como un océano de luz que rielaba en las ondulaciones de sus olas. La naturaleza se asemejaba á una mujer al salir del baño, que tuerce su cabellera empapada en el agua en que ha estado sumergida.

Acostado Allán cerca de Camila, pensaba en Iseult, á quien se había visto precisado á dejar sola, para volver al lado de su mujer, que debía ignorar todo lo acontecido.

El médico, á quien había acompañado hasta la verja del castillo, le aseguró que la muerte

de la Condesa no era inminente, gracias á su fuerte naturaleza, y que su vida podría prolongarse aún algunos días, y esta consideración únicamente le decidió á dejarla y volver al cuarto de su mujer, que por una dichosa casualidad no se había despertado aún.

El descanso de que la enferma tenía tanta necesidad, después de tan violentas sacudidas, no fué más que la atonía de la fatiga. Cuando ya era día claro contempló con dulzura, si no tiernamente, al hijo colocado sobre su seno. Era una niña. Hubiera ella querido mejor que fuese un hijo, porque sabía que las mujeres más fuertes sucumben en el combate.

—Si tuviese la superstición de las bendiciones (le decía), te bendeciría, hija de mi alma, por haberme condenado á muerte con tu nacimiento.

Aquel día y los siguientes se supo en el Castillo que la Condesa estaba tan grave, que se veía obligada á guardar cama, y sus camareras hicieron el servicio en su cuarto: la misma Camila entró á verla varias veces, y nadie tuvo noticia de que un niño dormía, oculto por la colcha que cubría á la madre.

Cuando conocía Iseult que su hija iba á despertar, encontraba algún pretexto para alejar á las personas que había en la habitación, y su manera de vivir habitual, siempre seria y retraída, evitaba fácilmente las sospechas. El mé-

dico fué avisado oficialmente, y dijo á Camila que el estado de su madre era muy grave, aunque sin precisar la enfermedad.

Allán era el que permanecía más tiempo al lado de la enferma, obstinándose en no separarse de ella, con diferentes motivos, á pesar de que también le instaba para que la dejase sola. Y, en efecto, si Camila no hubiese estado completamente absorbida por el triste pensamiento de que su marido ya no la amaba, ¿qué hubiera pensado al verle sin cesar á la cabecera de su madre, que deseaba estar sola y que la despedía de su lado con tanta frecuencia?...

Pero Allán, que tanto había mentido, estaba ya cansado de la prudencia, y le importaba poco lo que debiera acontecer.

—Todo acaba al fin por decidirse,—dijo, y no retrocedió ante nada de lo que hasta entonces había mirado con espanto.

De buena gana se lo hubiera confiado todo á Camila; y si callaba y tomaba todavía algunas precauciones, era por miedo de profanar las relaciones que existían entre la hija y la madre; lo que es por él, no hubiera guardado contemplación alguna.

Sin embargo, como el estado en que se encontraba la Condesa ofrecía algunos peligros que el médico no había disimulado, y como podía tener necesidad, durante la noche, de algu-

no, Allán dijo á su mujer que él la velaría.

—Debo hacer por tu madre (le dijo) lo que tú harías si no estuvieras en una situación que reclama muchos cuidados.

Quería aludir á su embarazo, y no se atrevía á hablar de otro modo, y hablándola como hubiera podido hacerlo un extraño de buen gusto.

Camila, á quien todo era indiferente desde que había descubierto que su marido ya no la amaba, aparentó hallar la cosa muy natural, y no hizo la menor objeción. Tal vez la desventurada reflexionara que durante aquellas noches de soledad podía llorar más á sus anchas.

Mientras tanto su marido velaba á la enferma, no como un hombre, sino como una mujer llena de ternura; es verdad que de aquel modo podía gozar á su sabor de la dicha de acariciar á su hija, cuyo peso, cuando la tenía en sus rodillas, le aliviaba del de todas sus fatigas. La piedad que le inspiraba Iseult se desvanecía en las contemplaciones mudas é incesantes de la tierna criatura, olvidándose de la madre, que perdía el último sentimiento que inspirara al hombre que tanto la había amado, y más de una vez, al verle, desde el lecho en que se hallaba postrada, inclinarse sobre su hija dormida, debió ocurrírsele ese pensamiento, pero nunca le arrancó ni un suspiro.

La hija de Iseult rebosaba de vida: era de la fuerte raza de su madre.

—Á ti también (le dijo una noche, envolviéndola en su ropa); á ti también te alcanzará un día la desgracia.

Allán admiraba la hermosura de su hija, porque ya dejaba conocer sería bella, como todas las que son fruto de uniones furtivas y culpables.

—Bien pronto no le haré falta (dijo la Condesa). Dentro de dos ó tres días la llevaréis á cualquier nodriza de las cercanías que pueda criarla. Velaréis por ella, amigo mío, estoy segura, porque ya la amáis, y ojalá conservéis mucho tiempo ese amor.

—¿Creéis (le contestó Allán) que sea tan fácil olvidar á un hijo cuando se ha empezado á amarle?...

—Hijo mío, se acaba por olvidarlo todo. Hé comenzado por amar á Camila, y eso que no fué el fruto de una voluptuosidad solitaria. Su padre fué amado por mí. Pero otro amor más apasionado que todos los demás me hizo maldecir el día que Camila había nacido. No, no hay nada eterno. ¿Quién os dice que esta niña no llegará á seros odiosa? ¿Que algún día no os será indiferente? Podéis llegar á amar otra vez, y entonces veréis cuánto os pesará la existencia de vuestra hija.

—¿Otro amor? No,—murmuró Allán, porque no se atrevía á asegurarlo en voz alta delante de aquella mujer, á cuya hija había amado después de sufrir tanto por la madre.

—Sois muy joven todavía, y muchas veces se cree muerto el corazón cuando sólo está adormecido. Pero os engañáis si creéis que la afección de padre, como todas las demás afecciones, como todo lo que hace la felicidad, pueda durar mucho tiempo.

Allán no respondió á estas terribles palabras; pero oía en su alma un eco que contestaba por él.

—No me creáis á mí, sino á la experiencia (continuó la Condesa). La experiencia nunca engaña. Vos habéis amado á Camila, y habéis sido amado por ella. Y bien: ¿qué queda de ese amor? No bajéis la cabeza, Allán; no creáis que reclamo en el nombre de mi hija ni en el mío. Os compadezco, porque no la amáis ya; pero la compadezco más á ella, porque os ama, y no es correspondida. Antes de que os casarais con ella sabía ya que no la amabais. ¡Ay! Reconozco en vos la historia de todo lo humano. El día de vuestro casamiento, viéndoos en el altar, sombrío y pálido, adiviné todo lo que después me habéis confesado, y tuve pensamiento de evitarlo pronunciando una palabra; mas la vista de Camila me contuvo, porque aquella palabra iba á herirla mortalmente en su alegría. Pero estaba

segura que esa desgracia os esperaba á los dos más tarde ó más temprano.

—¡Y ha llegado! (dijo Allán). Sí, ha llegado ya para los dos.

Y ocultaba su frente entre las ropas del lecho, como si hubiera querido sustraerse al yugo inevitable de que se quejaba.

—Sí, ha llegado (replicó Iseult, acariciando con sus descarnadas manos la rizada cabellera de su yerno). Pero puesto que amáis á vuestra hija, tenéis un interés en la vida, y todavía no habéis perdido la partida que jugáis con el destino. Vos sois un hombre, y debéis ser más grande que yo, que me ha faltado corazón. ¡Sedlo! ¡Tened la fuerza que me falta á mí, pobre mujer!

—¿Por qué me hacéis esta súplica?—preguntó el joven levantando la cabeza, y dando á su voz una entonación vibrante.

Los dos se miraban cara á cara, y no podían engañarse.

Ella bajó los ojos sin responder.

—¡Por la piedad! ¡Siempre por la piedad! (exclamó Allán, después de un momento de silencio.) ¡Siempre por la piedad, en su execrable impotencia! Libradme de ella, porque estoy cansado. No me habléis de grandeza, Iseult, porque no os creeré, y vuestra voz moriría en los labios. Vuestras palabras, faltas de convicción, no se-

rían más que un ruido vano y estéril, ni yo las creería, como vos tampoco las creéis. ¿En nombre de qué quisiérais persuadirme? ¿En nombre del orgullo? No creéis en él. ¿En nombre de Dios? ¡Desgraciada! Tampoco creéis en él. ¿Qué puede ser la grandeza humana cuando Dios y el orgullo nos abandonan, no dejándonos otra cosa que tinieblas? Una cosa sin sentido, una estupidez indecible, y en vuestra boca una cosa todavía peor: una irrisión que no se puede tolerar.

—Decís bien,—respondió la Condesa.

Y cayó abrumada, hundiendo la cabeza en las almohadas, con la cara y el cuello cubiertos por sus cabellos pegados á la piel, como el naufrago sale del agua después de haber luchado con la muerte desesperadamente.

—Tened (añadió haciendo un violento esfuerzo, con un acento cavernoso, más lúgubre aún por la falta de timbre, arrancándose á su hija del pecho con rabia, y arrojándola á los pies de la cama). Y puesto que ya no soy nada para vos, ¡que hasta esa piedad cruel sea maldita! ¡Marchaos, y dejadme morir!....

XX.

Pero Allán no obedeció, ni aquella noche ni las siguientes, la orden desesperada de la señora de Scudemor, ni ésta volvió á repetirla. Le dejó velar á su cabecera, administrarla de vez en cuando alguna bebida calmante, y ayudarla algunas veces á moverse en su lecho, que había llegado á ser un tormento. Cuidados físicos que pagaba con un «gracias» dulce y frío, pero que no la sacaban de su silencio. Mas ¿qué hubiera podido decirle? Entre ellos todo estaba ya dicho, y sus palabras habían caído sobre su corazón como la pesada losa de un sepulcro. Por otro lado, tal vez los crueles dolores que sufría eran la causa de su ensimismamiento, pues en las almas de cierto temple todos los dolores, aun los menos nobles, le producen.

El mal se agravaba cada vez más. El médico había hablado con Camila de sus fúnebres previsiones, y ésta no se daba cuenta de la enfermedad que hacía morir á su madre, por más que veía muy claro que iba á morir.